—Pues consta lo contrario...

—¿Consta?

—Sí señor...

—Pues muy bien señor...

El juez extendió el brazo hasta tocar el mango de una campana y dijo:

—Hartas pruebas tenemos para poner en duda ese candor y esa fatla de sentido que usted ha mostrado en todas sus respuestas. Un sujeto como usted, que lleva un título conquistado por el saber y la inteligencia, y que tiene la rara habilidad para disfrazarse bajo los arreos de un alguacil vulgar, con el objeto de sorprender el recinto mismo de la justicia, no es raro que hoy supiera figurar la desnudez de la inocencia, para extraviar los pasos de la ley, como ha extraviado los de sus agentes.

En consecuencia, requiero á usted por la postrera vez, á que abandone su papel ya inútil en estas circunstancias. Usted es don Francisco Ponce.

—No señor, Lope, Churrigay y Bobadilla.

El juez no dijo más; agitó la campana, y un hombre negro como teñido con la oscuridad del aposento, apareció junto á la mesa con los brazos cruzados y la cabeza inclinada con ademán sumiso.

El juez le dijo:

—Este hombre...

Y señaló á Bobadilla, que acaso ni había visto aparecer al verdugo.

—¡Qué!... ¿quién es usted?... exclamó el alguacil, cuando sintió que lo asían por un brazo.

—Despáchate, dijo el juez.

Bobadilla se dejó conducir por el verdugo unos cuantos pasos, pero viendo que se dirijían por la puerta, volvióse hácia el clérigo que permanecía en la mesa, y le dijo con verdadera naturalidad:

—Buenas noches, señor...

Es cierto que Bobadilla era alguacil, y quizá nuestros lectores estrañarían con justicia, que ignorase las prácticas del tribunal, si no nos apresurásemos á hacerles una explicación, que es la que encontramos en la historia-y es esta:

Bobadilla sabía las pocas noticias que acerca del negocio circulaban en boca de todo el mundo; pero jamás presenció ninguna ejecución, ni tuvo tiempo para ello, empleado como estaba siempre, con excepción de unas cuantas veces, en recorrer de noche la ciudad entera, siguiendo á un jefe desconcido, y aprehendiendo á pobres diablos, sin saber por qué causa los aprehendía.

Tal era su deber. De día estaba libre, y mejor le parecía rondar por la fonda de una tuerta, vecina suya, ó por la tienda de su compadre, que perder el tiempo en informarse de lo que pasaba en las prisiones.

Per otra parte todo es creíble cuando un hombre es inocente.

Bobadilla fué llevado ante una tosca rueda, detras de la cual se habían levantado, y permanecieron inmóviles, dos nuevos bultos siniestros. Entónces conoció todo el peso de su desdicha, y volvió á caer de hinojos prorumpiendo en dolorosos gritos.

Uno de los hombres que le ataba las manos por la espalda, se acercó á su oído, y le dijo rápidamente y en voz muy baja:

—Confiesa todo lo que quieran, es peor si callas.

Esto sí lo sabía muy bien el alguacil, y creyó mas conveniente podrirse en los subterráneos de la inquisición, ó morir en el palo, que exhalar el último suspiro entre las lentas congojas del potro y del embudo.

—Quiero hablar, señores, dijo.

El clérigo mandó suspender el tormento, y se dispuso á escuchar la declaración de Bobadilla, pero viendo que este permanecía en silencio, le dijo:

—Hable usted.

—Señor... tartamudeó el otro, no tengo nada que decir á su alteza, porque, como acabo de decir hace un momento, ignoro, podía jurarlo, qué motívo de queja existe contra mi persona; si es cierto que las malas jugadas que varios españoles me han hecho en el curso de mi vida, han llegado á causarme cierto aborrecimiento por algunos de ellos, no es menos cierto que jamás, ni de palabra ni obra... es decir, yo... respeto á todos los señores españoles, y pueden preguntarle á todos, á todos, porque todo el barrio me conoce... y verán si alguna vez he faltado...

—No se le interroga á usted acerca de sus enemistades personales, ni se le juzga por faltas que no incumben á este sagrado tribunal; se trata de un complot, se trata de un proyecto criminal, que tendía no solo á trastornar la organización actual de los poderes políticos, sino á destruir la fé de Cristo, inmolando á sus propagadores, y sostituirla con los dogmas y los ritos gentílicos que existían con mengua de la humanidad antes de la conquista.

—¿Es decir, se me acusa de judío? respondió Bobadilla, que apenas vislumbrada el sentido en las palabras del clérigo.

—¡No! pero sí de impío, de criminal, de enemigo de la iglesia y de sus ministros, de Dios y de las autoridades, que son su imagen en la tierra.

—¡Mienten! señor... soy cristiano viejo y...

—¿Vuelve usted á obstinarse?

Bobadilla sintío que el verdugo lo tiraba por una manga, y se contuvo. Reflexionó de nuevo que estaba en el lugar donde se confesaba lo que querían los jueces, y que sería mejor hablar con voz tranquila que en medio de los gemidos arrancados por el tormento.

Señor, replicó, Dios que mira desde el cielo el fondo de mi corazón, sabe muy bien que guardo aquí el amor y el respeto á su bondad infinita. Ahora, si usted gusta, señor sacerdote, puede usted escribir los cargos que se me hagan, y al pie del escrito pondré la señal de la santa cruz. Confieso y afirmo lo que ustedes gusten.

—A este lugar, dijo el juez medio amostazado, no viene el reo al arbitrio de nuestra voluntad, ni la justicia se sujeta á los caprichos ni al gusto de nadie, ni nosotros gustamos de inventar cargos, ni la mano de la ley se levanta y cae por nuestro gusto. Nuestro gusto sería ver á usted libre de una acusación que hace al culpable un objeto de horror para la humanidad, y de justa cólera para un Dios que así recibe el pago de sus bondades...

—Así lo creo, y agradezco á su reverencia el buen deseo que lo anima por mi salvación. Si he ofendido á su señoría, eche la culpa sólo á mi escaso conocimiento de las palabras...

—No perdamos el tiempo ¿Esa carta se dirige á usted?

—¿Qué carta?... sí señor.

—¿Usted es Francisco Ponce?

—Sí señor.

—Basta con eso. Puede usted retirarse.

Bobadilla marchó á su calabozo con ese desaliento de un reo que acaba de escuchar su sentencia de muerte. Dejóse caer al suelo, escondiendo el rostro entre las manos y confundiendo sus sollozos con el sonido de las llaves que aseguraban la pesada puerta de su encierro.

V.

Pasarían cuatro horas.

Por un cálculo muy simple, Bobadilla conoció que era muy entrada la noche, porque la noche se hacía sentir en aquel sitio con la recrudescencia del frío y un cambio de carácter en el silencio.

Los cerrojos se descorrieron, la puerta volvió á abrirse, y el llavero seguido por otro personaje que llevaba un farol, penetraron hasta llegar á Bobadilla, que creyó ver sobre la cabeza del desconocido, pues tal estaba su imaginación, la fúnebre capucha de un franciscano.

El caballero del farol se inclinó hacia el preso, y con una voz donde pudiera notarse la mezcla de la conmiseración y del respeto, le dijo

—Amigo mío, ponga usted un término á su aflicción. Ríase usted de los tormentos y de la muerte como de una pesadilla de que acaba usted de despertar en este instante.

—¡Oh! respondió el alguacil incorporándose, ¿han conocido mi inocencia?... ¡Que dios sea bendito mil veces!...

—Hable usted más bajo, amigo mío, no es este un lugar, ni la hora es conveniente para entrar en explicaciones. Salgamos.

—¿Adónde vamos, señor?

—A otra prision...

—¡Cómo!

—A otro lugar donde quede usted fuera del alcance de los inquisidores.

—¡Oh! permítane usted que bese sus manos...

—¡Eh! que no soy mas que un simple agente de otra persona; reserve usted sus besos para aquellas manos, donde sentarán mejor que en las mías.

. . . . . .

VI.

A fines del siglo pasado se veía en el sitio que hoy ocupa la esquina de la calle de López y los Rebeldes, un caserón viejo y denegrido, completamente abandonado.

Su fundador y dueño, don Jorge Villarroel, jesuita, gran amante de la soledal y del estudio, pasó allí muchos años entregado á las elucubraciones de su expíritu filosófico hasta el año de 67, en que al tener noticia de la repentina expulsión de su orden cayó atacado por horribles convulsiones y exhaló el último suspiro, pronunciando cierto nombre misterioso y perdonando al injustísimo rey Cárlos III.

Varias señoras, entre las cuales se contaban algunas más grandes en edad que el jesuita, se presentaron como hijas del difunto á reclamar la casa y otros bienes que completaban la herencia.

No había ejemplo en la historia sagrada ni profana de un patriarca más fecundo que el tal don Jorge Villarroel. Abraham no tuvo tan cuantiosa prole; ni Moctezuma, ni Francisco I, ni Abubeker, tuvieron el número de mujeres que le achacaban al pobre sacerdote.

Llovían sobre la mesa del tribunal los documentos irrecusables de parentesco, y aquellos bribones, que según justificaban eran hijos de un mismo padre, se aborrecían de muerte, y se arrojaban denuestos y miradas insultantes en la calle, en el templo y en el recinto mismo del pretorio.

En cierta ocasión, dos ancianas que pretendían ser *esposas legítimas* de don Jorge, travaron una disputa de palabras, y olvidando que se hallaban en presencia del magistrado, vinieron á los manos, derribándose al suelo y dándose terribles calabazadas.

Unos versos latinos hallados entre los papeles del muerto, dieran término á aquel asunto, que iba haciéndose verdaderamente escandaloso.

Eran las confidencias de un infeliz que en el seno del silencio cantaba con la lira de Tíbulo, la irremediable desventura de Abelardo.

«¿Adónde está, decían, la frescura del aura?—¿adónde el canto de las aves? ¿adónde la hermosura del campo? ¿adónde la dulce luz, trémula de los astros?... ¿Qué es bello á mis ojos? ni qué consuelo encontraré, si no me es dado acariciar á esos seres más frescos que la aurora, más armoniosos que las aves, más bellos que los prados, y cuyos ojos brillan con más divina luz que la que mana de las lumbreras celestiales?... No, nada me agrada, nada quiero sino la mar, la mar rugiente y pavorosa como mi espíritu, y á Dios la esperanza infinita, etc. etc. »

Dos facultativos reconocierón á don Jorge, y aseguraron bajo la fé de principios científicos innegables, que el finado no pudo tener nunca más hijos que los de confesión.

—Pues yo no sé como será eso, replicó una señora señalando á su hija; será el diablo, pero esta niña debe tener padre.

El fisco alargó el brazo, y recogió como los roleteros hasta el último centavo de Villarroel.

Al cabo de seis meses, la casa fué comprada por un don Alonso de Quesada. Desde entonces, hasta el año de setenta, por espacio de tres años, no cesaron los vecinos de señalarla como el sitio predilecto de fantasmas y de demonios—sitio donde se veían brillar á deshora luces

siniestras, y se escuchaban lamentos, martillazos, ruido de cadenas y no se sabe que otras cosas. Era muy común entonces, que las personas despreocupadas explicasen aquellas consejas achacando el escándalo á los *monederos falsos,* que tenían grande interes en alejar á los curiosos del sitio de sus oficinas.

Lo cierto es que el malogrado Don Alonso de Quesada, amaneció un día suspendido por el cuello á una de las canales de su casa, quedando para siempre en el misterio el motivo de tan tremendo castigo.

No volvieron á encontrarse inquilinos, y ocho años de abandono, los temblores y las lluvias, pusieron aquel edificio en un estado lamentable. Las puertas estaban desvencijadas y cubiertas de telarañas. Los clavos y los cerrojos llenos de herrumbre, las paredes con grietas, donde podía caber el brazo; el cimiento, las canales y sus pretiles atestados de yerba, y la fachada con tres ventanas condenadas surcada por chorreaduras verdinegras como los peñascos de una barranca.

Espiando por una rendija de la puerta, se veía un ancho patio, lleno también de yerbas silvestres que salían por las junturas del empedrado. A mano derecha una escalera, ya en ruinas, terminando en un corredorcillo que se estendía al frente, lleno de macetas, unas con sus hojas marchitas, otras ostentando en aquella miserable soledad, la fragrancia y ufanía que en las praderas. Siguiendo el corredor que hemos indicado, llegábase á una puerta, único paso para todas las piezas, que eran extensas, frías, húmedas, débilmente alumbradas por altas ventanas con alambrado. Las paredes sucias, los techos negros, dejando penetrar por algunos puntos ténues rayos del sol que se perdían en un suelo enladrillado, cubierto de polvo y torcido por hundimientos.

A la hora en que Bobadilla dejaba su prisión, acompañado por el caballero, que sea dicho de paso compraba la libertad del alguacil á fuerza de doblones, varias personas se reunían en la antigua casa del jesuita, en la pieza mas lóbrega, para tratar sobre un asunto de peligrosa importancia—tramábanse allí en el seno del misterio, los hilos de una conspiración contra los españoles.

Había entre aquellos conjurados, nombres que treinta y seis años después debían brillar sobre la frente de muchos célebres caudillos de la independencia, por ejemplo, un Morelos, oriundo de Acapulco, un Galeana, un Ascencio,—tal vez abuelos de los héroes de 810.

Acaso estos atesoraban en sus venas una sangre palpitante con el odio de los conquistadores, trasmitida sin interrupción por corazones de héroes desde Guatimoc y Xicontencal.

Había también un Rocafuerte, maestro de escuela, cuyos discursos revelaban un talento muy superior á su destino, y un Lizardi, poeta, que hacía beber á sus hermanos en doradas estrofas el licor hirviente del patriotismo.

Los otros eran, Juan Avendaño, hacendado rico, pero buen ciudadano; Sebástian Pino y Mendoza, joven estudiante de cirujía; Trigueros, escultor; Antonio Bravo, clérigo; Pedro Bustamante, albañil; Borda, literato; Andres Lozada, zapatero; Juan Galicia y Miguel Po-

poca, presidentes ambos en el ayuntemiento de sus pueblos, de grande influencia entre sus conciudadanos; por último, Enrique Felow; José Bear, álias White-head, corsarios y un negro llamado por apodo Asmodeo, valiente, bello y tentador como el príncipe de las tinieblas.

Aquella mezcla de hombres tan diversos, consagrado á la salvación de la patria, simbolizaba la igualdad y la freternidad que Dios prepara á los siglos de otra época.

Rocafuerte era el alma de aquella conspiración.

A un plan salido de su frente, nadie ponía sino ligeras observaciones, y era el primero que ofrecía su persona para realizar en las combinaciones el pormenor que necesitaba un brazo de buen temple, y un espíritu que no temblase ante ninguna consecuencia, aunque fuera el sacrificio de la vida. Su valor era tan conocido como su elocuencia—y su elocuencia como su desinteres y su amor patrio. Hubiéramos querido conocer su rostro, su estatura, su casa, sus libros, su vida íntima, para pintar su fisonomía sobre estas páginas. No queda sino su nombre, medio borrado en los papeles del tío Blas.

Rocafuerte ganaba la vida en una escuela de Tlalmanalco.

Acusáronle un día con el marqués de Croix, de ser propagador de doctrinas infames y un perverso corruptor de los jóvenes, porque enseñaba, se decía, en los libros escritos por los impíos filósofos de Francia.

Rocafuerte destruyó los libros que lo esponían á la hoguera, y se escapó de las garras de la inquisición; pero su escuela quedó desierta para siempre, y él espuesto á los horrores de la indigencia.

Ultimamente, subsistía *trabajando como peon en el desagüe del valle.* Así consta.

La noche en que lo presentamos á nuestros lectores, Rocafuerte hablaba con fuego, pero sin pretensiones oratorias, acerca de la lucha que trababan ya contra los ingleses los ciudadanos americanos del Norte.

Presagiaba el triunfo de estos en Boston, sin intimidarse por la derrota Bunkers-Hill, y veía que sobre la tumba de Montgomery, se levantaba como un astro de libertad, la frente laureada da Washington,—tratábase después acerca del estado de los preparativos, y cada uno dió cuenta á los demás sobre los asuntos encomendados á su diligencia.

Bustamante y Lozada, tenían pronto la gente de sus barrios.

Avendaño, tenía ciento cincuenta mil pesos, tan temibles como los puñales, y cien ginetes armados de su hacienda.

Mendoza, el estudiante de cirujía, tenía un cuchillo pronto á practicar sin miedo la amputación de la cabeza que le designaran; Trigueros, enseñaba su cincel de escultor, prometiendo eternizar en el mármol la memoria de los patriotas, y prestaba el juramento de luchar hasta la muerte por la independencia de México.

Bravo, que por un sublime abuso de su ministerio, había arrancado en el confesonario secretos importantes á la esposa del Brigadier Villa de Lanzas,—abría un tesoro de excelentes aplicaciones al talento revolucionario de Rocafuerte.

Felow y White-head, con el dinero de Avendaño, y las maniobras de Galicia, meterían parque y armas por la frontera.

Asmodeo removería con un relámpago las tinieblas de la esclavitud, y legiones de negros se levantarían con sus puñales, lanzando miradas de exterminio, al solio de los conquistadores.

Don Rafael Gonzales Galeana, y Ascencio, estrecharían á los soldados de la insurrección, entre las líneas matemáticas del arte, para dirijirlos á la victoria.

Quedaba Popoca—Se levantó y dijo:

—Señores, soy bastante viejo, tengo placer en observar, y he pasado la vida estudiando las probabilidades y la oportunidad de un golpe de mano. He visto que hay patriotas, y que esos patriotas son de tal temple, que si no temiera lastimar la modestia de los que me rodean, diría que son el mismo génio del valor, de la virtud y de la inteligencia. Pero he visto también que esos hombres son en el seno de las ciudades, lo que esos astros llenos de brillo, que brillan solos en el fondo de un cielo cubierto de sombras. Conozco á cada uno de ustedes, los veo, y siento una admiración mezclada de júbilo y de envidia, y creo en ustedes, en ustedes nomás, sin alucinarme con la esperanza de un pueblo entero de patriotas...

Detúvose un momento el anciano ante un murmullo de los circunstantes. Después continuó:

—En fin, señores, no sería extraño que yo me equivocara, ó que ustedes tomasen á mal una palabra que va un poco más allá de mi pensamiento. Quise decir que desconfiásemos del pueblo de los arrabales, y de una fé comprada con el oro á los que son desde que nacen enemigos á muerte de todos nosotros. Es decir esos soldados del virrey,..

Pues bien, señores, una jente más numerosa que los soldados de Asmodeo, más atrevida que los léperos de Lozada, más obediente que los rancheros de Avendaño, y con el amor puro de la libertad, el noble desinterés de todos ustedes, deberá ser el brazo en que depositemos el éxito de un combate donde se juega el destino de un pueblo y los principios de la humanidad.

Renunciemos, señores, á esas peligrosas alianzas de gente estúpida y fanatizada, que un día pregonará el secreto de la conjuración, y pondrá sus *puestos* junto á nuestras horcas y perseguirá á pedradas nuestros cadáveres, victoreando al virrey, y mofándose de nuestro patriotismo como de una locura.

¡No! arrojémonos en el seno del pueblo, del verdadero pueblo que aun conserva en su alma el calor de las generaciones muertas al filo de la espada de Cortés, y bendecidas desde lo alto por la mirada do Huitzilopoztli.

—Admito, dijo Rocafuerte, pero *ese hombre* maravilloso, ese talismán vivo, que según usted le bastaría dar á conocer entre las tribus para levantarlas y conducirlas á la lucha; ese hombre que usted ha prometido buscar...

—Ese hombre, replicó Popoca, lo he buscado, y acabo de encontrarlo.

Toda la asamblea se puso en pie al escuchar estas últimas palabras. En efecto, Popoca había revelado á sus amigos la existencia de una *logia* de que él era el jefe, logia precedida por otras muchas, que desde Xicotencatl venían trabajando por la independencia de México.

Había revelado también la historia de una *esmeralda* que llevaban todos los descendientes de Tizoc, y que era el signo por el que los indios conocerían, según sus propias tradiciones, al caudillo que debían obedecer como representante de sus emperadores. Habló del prestigio que había rodeado à todos los que poseyeron la dicha esmeralda, y del entusiasmo que siempre despertaron entre aquellas gentes tan respetuosas con sus recuerdos.

—Señores, añadió Popoca, esa esmeralda fué robada por los agentes del Gobierno el día que apareció muerto Ponce, dejando por fortuna un hijo, que hoy es el último descendiente de la desventurada Xochitl. Mi padre compró con un caudal esa esmeralda donde están impresos los lábios de tantos seres desgraciados é ilustres. Yo vigilé al heredero de Tizoc, para entregarle esa piedra, cuyo color marcaba la esperanza de los corazones que sintió latir por la patria... después perdí de vista á Francisco durante cuarenta años por culpa de los que ya pagaron su trascendental descuido. Pero Francisco lleva dos señales que no me dejan duda acerca de su identidad con el hijo de Rosaura; dos señales que unidas, lo harán reconocer por todos mis conciudadanos: son su nombre y las huellas que el puñal del asesino dejó grabadas en su garganta.

Hace ocho días supe casualmente que la inquisición juzgaba á un reo, cuyo nombre me hizo estremecer.

Señores, ese hombre marcado por el destino con el sello de la gloria, ese hombre á quien le bastará enseñar una de sus lágrimas para insurreccionar á toda la raza de Guatimotzin, ese brazo que será invencible, ese nombre que será una bandera, ese Francisco... yo lo tengo, yo lo he encontrado en el seno de la pobreza y de la ignorancia; pero no importa, nos bastan su nombre y su presencia para el éxito de la revolución,..

VII.

En la noche siguiente se presentó Popoca ante los conjurados, llevando por la mano al alguacil Francisco Bobadilla. Este quedó mudo de asombro al escuchar las felicitaciones y los discursos de aquellos personajes á quienes conocía de nombre, por su riqueza, su valor, su talento, su saber, su influencia ó su posición social.

Llegó al colmo su fascinación cuando le presentaron un árbol genealógico, donde pudo ver que las ramas de su ilustre prosapia se enlazaban por medio de Tizoctzin, con los troncos seculares de Acamipich, Pinahuitzin y Tlacahuepantzin.

Bobadilla, que no supo nunca quienes fueron los autores de sus días, escuchó con emoción creciente la historia de Rosaura, del artista y la del infeliz Genaro Vilches, muerto de tristeza y de miseria en una roca de las Antillas;—después dijo:

—¿Y sus mercedes tendrán la bondad de decirme si vive todavía mi madre Petrita?